de los dejar de combatir por algun dia, y movelles algun partido por donde no pereciese tanta multitud de gente." [1]

Aquella mentida compasión no fué óbice para que Cortés y sus "españoles..... (comenzasen) á dar sacomano..... (á las) tiendas de que estaba cercado el tianguez," [2] donde se guardaban sin duda los últimos bastimentos de los mexicanos. "Como vieron esto los soldados viejos que estaban en la defensa del tianguez, salieron á ellos, y llevaban por su capitan un muy valiente soldado viejo, que se llamaba *Axóquintzi*, que era de la valía de los que se llaman *Quauchicque*, son como matasietes que usan los turcos. Este capitan con los que iban con él hicieron huir á los saqueadores..... En este mesmo tiempo los españoles (al mando de Sandoval) vinieron por el barrio de *Zacoalco* [que es á donde está agora la iglesia de Santa Ana] y comenzaron á pelear por aquella parte contra los mexicanos (que se fueron retrayendo)." [3]

§ 32. Ultimos días del sitio de México.

Tomado ya el mercado de Tlaltelolco, "Cortés nos mandó que pasásemos todas las capitanías á estar en él, é que allí velásemos, por causa que veniamos mas de media legua desde el real á batallar con los mejicanos; y estuvimos allí tres dias sin hacer cosa que de contar sea." [4] Esta suspensión de hostilidades se debió á que Cortés, para suplir la pólvora que se le había agotado, dispuso se hiciera un trabuco, el cual "tardaron en lo asentar (en el centro de la plaza del mercado) tres ó cuatro dias..... (aunque no dió resultado alguno), la falta y defecto del trabuco, (dícenos Cortés con cinismo estupendo) disimulámosla con que, movidos de compasion, no los queriamos acabar de matar." [5]

Á la sazón, los mexicanos habíanse retirado ya al "lugar donde finalmente les dieron mate, en un rincon deste Tlaltliulco, que se llama Tetenantitech donde ahora está edificada la iglesia de la Concepcion de la Madre de Dios Ntra. Sra. Santa María." [6]

1 248–49.
2 Sahagún, Relación, 194.
3 Idem, 194–95.
4 Díaz del Castillo, 194.[1]
5 249.
6 Sahagún, Relación, 193.

Aquel rincón apenas ocupaba una octava parte de la extensión total de la ciudad, según nos indicó antes Cortés, y correspondía al actual extremo N.E. de la Capital, hacia donde quedan las calles de Granada y de la Concepción Tequipehuca. "Estaban los tristes mexicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho, y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol, y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenian agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer; bebian de la agua salada y hedionda, comian ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y *de los niños no quedó nadie.*" [1] Cortés nos dice: "hallamos las calles por donde ibamos llenas de mujeres y niños y otra gente miserable que se *morian* de hambre, y salian traspasados y flacos, que era la mayor lástima del mundo de los ver." [2]

Extenuados ahora los mexicanos por el incesante batallar, las repetidas vigilias, el hambre y la peste, bien se pudo tomarles por fantasmas de la vida. Empero, aun conservaban incólume su espíritu de hierro, y todavía rebosaba en ellos su patriotismo sin igual. Aunque les faltaban ya no sólo los bastimentos sino también las armas, no por esto se rendían ni tampoco vacilaban en su resolución sublime de amparar á la patria hasta el último aliento: de la misma adversidad sabían tomar nuevas fuerzas para robustecer más y más su abnegación sobrehumana.

Dícenos Cortés: "los veiamos estar encima de sus azoteas cubiertos con sus mantas, que usan, y sin armas." [3] No les doblegaba ni el enemigo infinitamente numeroso, ni tampoco el hambre que todo lo vence. Enteros, cual si entonces estuvieran en el primer día de la lucha, contestaban á las proposiciones de paz "que en ninguna manera se habian de dar, y que *uno solo que quedase habia de morir peleando.*" [4]

"E cómo vimos (agrega Cortés), que..... todos estaban apercibidos para pelear con nosotros..... (empezamos á combatirles) y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, que muertos y presos pasaron de doce mil;" [5] "estando en esta pelea las muge-

1 Sahagún, Relación, 210.
2 249-50.
3 250.
4 Cortés, 149.
5 250.

res tambien peleaban cegando á los contrarios con el agua de las acequias, arrojándosela con los remos:"[1] las excelsas heroínas ofenían al invasor con lo único que podían haber á la mano.

Al siguiente día, 8 de agosto, puestos al habla con Cortés algunos de los mexicanos principales, "dijéronme (manifiesta aquél) que pues ellos me tenian por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un dia y una noche daba vuelta á todo el mundo, que porque yo así brevemente no los acababa de matar y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenian deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus que los estaba esperando para descansar; y este ídolo es el que en mas veneración ellos tienen. Yo les respondí muchas cosas para los atraer á que se diesen, y *ninguna cosa* aprovechaba."[2] Si Cortés insistía en la paz, no era porque le moviese la compasión, sino (como él mismo confiesa), "porque tomándolos por fuerza, habian de echar lo que tuviesen en el agua, y ya que no lo hiciesen, nuestros amigos habrian de robar todo lo mas que hallasen."[3]

Envió luego Cortés, para proponer la paz, á "una persona bien principal entre ellos..... (á quien no bien hubo oído Cuauhtemoc) luego lo mandó matar:"[4] cumplía fielmente el Monarca lo solemne amenaza que hiciera antes á cuantos pensasen en hablarle de rendición. Dice Cortés: "y la respuesta que estábamos esperando nos dieron con venir con grandísimos alaridos, diciendo que *no querian sino morir;*"[5] "y dan á Cortés tanta guerra (añade Díaz del Castillo), que no se podía valer; y otro tanto fué por nuestra parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo; y era de tal manera, que parecia que entonces *comenzaban* de nuevo á batallar."[6]

Aplazó Cortés sin embargo la hora del total exterminio, é insistió en la paz; sabía perfectamente, porque así se lo dijeron los mexicanos, que continuando la guerra, "todo..... (el cúmulo de riquezas) que tenian..... lo habian de quemar y echar al agua, donde nunca pareciese."[7] Poco interesaba á Cortés y á los suyos conservar el rincón más miserable de México, después de haber destruído la ciudad entera; tampoco podían los españoles preocuparse de la suerte de los pocos mexi-

1 Sahagún, Historia de la Conquista, 53
2 251.
3 254.
4 Cortés, 251.
5 251-52.
6 194[1].
7 Cortés, 249.

canos que quedaban en pie, supuesto que ya habían hecho perecer á casi toda la población. Lo único que les importaba era salvar los tesoros fabulosos allegados por el imperio mexicano durante siglos: si los castellanos inmigraban á América, debíase á una inextinguible sed de oro: los que acá llegaron jamás tuvieron otro fin que enriquecerse.

De allí, pues, que Cortés entablara nuevas negociaciones de paz, las cuales prolongó Cuauhtemoc durante cuatro ó cinco días, enviando al real español algunos de sus principales, esperanzado quizá de que durante ese corto tiempo espirasen todos los mexicanos, porque para entonces la vida era ya absolutamente imposible en México; día á día caían muertos millares de dolientes, y sus cadáveres quedaban insepultos sobre la patria idolatrada, que poco tardó en verse completamente cubierta con ellos: con tal sudario, no sería hollada por el invasor.

Dice Cortés: "del agua salada que bebian, y de la hambre y mal olor, habia dado tanta mortandad..... que murieron mas de cincuenta mil ánimas. Los cuerpos de los cuales, porque nosotros no alcanzásemos su necesidad, ni los echaban al agua, porque los bergantines no topasen con ellos, ni los echaban fuera de su conversacion, porque nosotros por la ciudad no los viésemos; y así por aquellas calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no habia persona que en otra cosa pudiese poner los pies."[1]

Como al fin hubo de convencerse Cortés, el 12 de agosto, de que México no se rendiría mientras quedara con vida uno solo de sus hijos, porque éste había de morir peleando, determinó acabar con el escaso puñado de mexicanos que aun sobrevivían, sin querer esperar á que el hambre y la peste le ahorraran en breve tiempo el trabajo de la matanza: "envié á llamar á los indios nuestros amigos (dícenos), que habian quedado á la entrada de la ciudad, casi una legua de donde estábamos; á los cuales yo habia mandado que no pasasen de allí, porque los de la ciudad me habian pedido que para hablar en las paces no estuviese ninguno dellos dentro; y ellos no se tardaron, ni tampoco los del real de Pedro de Albarado. E cómo llegaron, comenzamos á combatir unas albarradas y calles de agua que tenian, que ya no les quedaba otra mayor fuerza; y entrámosles, así nosotros como nuestros amigos, todo lo que quisimos. E al tiempo que yo salí del real habia proveido que Gonzalo de Sandoval entrase con los bergan-

1 256.

tines por la otra parte de las casas en que los indios estaban fuertes; por manera que los tuviésemos cercados, y que no los combatiese hasta que viese que nosotros combatiamos; por manera que, por estar así cercados y apretados, *no tenian paso por donde andar sino por encima de los muertos..... ni tenian ni hallaban flechas ni varas ni piedras con que nos ofender;* y andaban con nosotros nuestros amigos á espada y rodela, y era tanta la mortandad que en ellos se hizo por la mar y por la tierra, que aquel dia se mataron y prendieron mas de cuarenta mil ánimas..... porque ya era tarde y no podiamos sufrir el mal olor de los muertos que habia de muchos dias por aquellas calles, que era la cosa del mundo mas pestilencial, nos fuimos á nuestros reales..... y ya tenian tan pocas casas donde poder estar, que el señor de la ciudad andaba metido en una canoa con ciertos principales."[1]

Por ser ya tarde, suspende Cortés la monstruosa carnicería, proponiéndose continuarla pronto más en grande: "dejé concertado (escribe), que para otro día siguiente, que habiamos de volver á entrar, se aparejasen tres tiros gruesos..... porque yo temia que, cómo estaban los enemigos tan juntos y que no tenian por dónde se rodear, queriéndolos entrar por fuerza, *sin pelear* podrian entre si ahogar los españoles."[2] De esta suerte ideaba el Capitán español asesinar á mansalva á los mexicanos que, hambrientos y sin armas, pero pletóricos de amor hacia la patria, vivían aún reunidos en un sólo grupo, estoicamente impávidos, cual dioses inconmovibles de la libertad, sobre los infectos cadáveres de sus hermanos muertos en los anteriores días.

Llegado el infausto 13 de agosto, vuelve Cortés á intentar la paz, "porque (preciso es repetirlo) tomándolos por fuerza, habian de echar lo que tuviesen en el agua..... y á esta causa..... se habria.... poca parte de la mucha riqueza que en esta ciudad habia."[3] No con otra mira, pues, manda llamar á Cuauhtemoc, quien, ya sin procurar dilación alguna, prefiriendo terminase de una vez su propio martirio y el de los demás mexicanos que le acompañaban, contesta, dícenos el mismo Cortés: "que en ninguna manera..... vernia ante mí, y que antes querria por allá morir..... que hiciese yo lo que quisiese."[4]

Escribe el despiadado Conquistador: "cómo en estos conciertos..... los de la ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el

1 254-55.
2 Loc. cit.
3 Cortés, 254.
4 255.

agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel lago donde estaban las canoas..... (en una palabra, que) era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar cómo lo podian sufrir."[1] "Estaban..... todas las casas llenas de indios muertos (manifiesta igualmente Díaz del Castillo), y aun algunos pobres mexicanos entre ellos, que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba;"[2] tal era su hambre "que hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habian comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido:"[3] en verdad que no ha existido "generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta."[4]

Ahora bien, ni aquel cuadro hondamente desgarrador bastaba para despertar algún débil sentimiento de conmiseración en los castellanos, que, antes bien, azuzados por su legendaria ferocidad, esperaban el momento del ataque con la misma febril impaciencia que sus perros de presa.

Al fin dió Cortés la señal de muerte. Los cañones abocados de antemano principiaron á hacer fuego sobre los inermes mexica que ya ni moverse podían, y los cuales, estrechados unos contra otros, recibían las balas y sucumbían impasibles, como divinas estatuas marmóreas que cayesen de sus pedestales: "jamás quisieron paz."[5]

El amor á la patria llenaba las almas de aquellos hombres prodigiosos sin dejar lugar alguno á la humana flaqueza: por esto perecían todos impertérritos y no había uno sólo que implorase piedad ó merced de sus matadores.

Como pareció á Cortés que los cañones tardaban mucho en acabar con los mexicanos, dispuso que los bergantines, con todos los castellanos y aliados indígenas, cayesen de golpe sobre el reducido lugar donde todavía quedaban agrupados algunos de "los principales y gente de guerra de la ciudad..... (procurando ocultar) su perdicion y su flaqueza..... (y) luego fué tomado aquel rincon que tenian, y echados al agua los que en él estaban."[6]

1 256.
2 197[1].
3 Loc. cit.
4 Loc. cit.
5 Gomara, 392[2].
6 Cortés, 256.

No de otra manera fueron vencidos los fieles hijos de México: su ejemplo servirá eternamente de modelo supremo á todos los pueblos que amen á su patria y luchen heroicamente por ella.

§ 33. Prisión de Cuauhtemoc.

Cuauhtemoc trató de retirarse por el lago al ver que toda su patria había sido convertida en escombros, cieno y sangre; no ignoraba que la tierra entera le era contraria, y que á su paso sólo hallaría hostilidad, persecución y muerte: tenía de ello experiencia tristísima; mas no había peligros ni sufrimientos que no arrostrara, antes que entregarse á los destructores de su patria.

Recoge pues el Monarca á su familia y á varios principales, embarca á todos en unas canoas, entra en ellas él mismo, y luego las dirige hacia el extremo N.E. del lago.

Entretanto, habiendo tenido noticia Sandoval de la fuga del Monarca, "mandó á los bergantines que dejasen de derrocar casas y siguiesen el alcance de las canoas, é que mirasen que tuviesen tino é ojo á qué parte iba el Guatemuz..... y como (á) un Garci-Holguin, que era capitan de un bergantin, amigo de Sandoval, y era muy gran velero su bergantin, y llevaba buenos remeros, le mandó que siguiese hácia la parte que le habian dicho que iba el Guatemuz y sus principales y las grandes piraguas, y le mandó que si le alcanzase, que no le hiciese mal ninguno mas de prendelle, y el Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban; é quiso Dios nuestro Señor que el Garci-Holguin alcanzó á las canoas é grandes piraguas en que iba el Guatemuz, y en el arte dél y de los toldos é piragua, y aderezo dél y de la canoa, le conoció el Holguin y supo que era el gran señor de Méjico, y dijo por señas que aguardasen, y no querian, y él hizo cómo que les queria tirar con las escopetas y ballestas;" [1] Cuauhtemoc violentamente "se puso en pié en la popa de su canoa para pelear;" [2] mas vió á su lado á su esposa y otras mujeres, cuyas vidas no quiso sacrificar, por lo que, abandonando su actitud hostil, dijo entonces: "«No me tiren, que yo soy el rey de Méjico y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi mujer..... ni á ninguna mujer ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me

1 Díaz del Castillo, 195.[1]
2 Gomara, 392[1].

lleves á Malinche.» Y como el Holguin le oyó, se gozó en gran manera y le abrazó, y le metió en el bergantin con mucho acato, á él, á su mujer y á veinte principales que con él iban, y les hizo asentar en la popa en unos petates y mantas, y les dió de lo que traia para comer, y á las canoas en que iba su hacienda no les tocó en cosa ninguna, sino que juntamente las llevó con su bergantin." [1]

Para recibir al gran rey encontrábase Cortés "en el barrio de Amaxac sobre el tlapanco ó azotea de un principal que se llamaba Aztaoatzin..... (sentado) en una silla debajo de un dosel de carmesí, rodeado de los demas capitanes y principales españoles." [2] Llegado allí el joven Monarca, dijo inmediatamente á Cortés con gravedad solemne: "«Señor Malinche, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo mas.....»" [3] "que ahora ficiese dél lo que yo quisiese (escribe Cortés); y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase," [4] agregando: "es lo mejor;" [5] "aborrezco el vivir, y me será ya molesto." [6] "Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar, nuestras lenguas, y dijo muy amorosamente que por haber sido *tan valiente* y haber vuelto y defendido su ciudad se lo tenia en mucho y tenia en mas á su persona..... que descansase su corazon y de sus capitanes, é que mandará á Méjico y á sus provincias como de antes lo solian hacer..... y luego, porque era tarde y queria llover, mandó Cortés á Gonzalo de Sandoval que se fuese á Cuyoacoan, y llevase consigo á Guatemuz y á su mujer y familia y á los principales que con él estaban... Prendióse Guatemuz y sus capitanes en 13 de agosto, á hora de vísperas, dia de señor San Hipólito, año de 1521." [7]

Habiéndose principiado el cerco el 21 de mayo, duró por lo mismo ochenta y cinco días. "Y en todos..... ninguno se pasó que no tuviese combate con los de la ciudad, poco ó mucho." [8]

Los pocos mexicanos que no perecieron, quedaron "tan flacos y sucios é amarillos é hediondos (díjonos ya Díaz del Castillo), que era lástima de los ver..... y lo que purgaban de sus cuerpos era una sucie-

1 Díaz del Castillo, 195.[1 y 2]
2 Sahagún, Relación, 214.
3 Díaz del Castillo, 195.[2]
4 257.
5 Gomara, 392[2].
6 Mártir, III, 366.
7 Díaz del Castillo, 195-96.
8 Cortés, 257.

dad como echan los puercos muy flacos que no comen sino yerba; y hallóse toda la ciudad arada, y sacadas las raíces de las yerbas que habian comido cocidas: hasta las cortezas de los árboles tambien las habian comido. De manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada..... y no se ha hallado generacion en el mundo que tanto sufriese la hambre y sed y continuas guerras como esta." [1] Dorantes de Carranza escribe: "Murieron en la última batalla el dia de la toma de México mas de quarenta mill hombres y mugeres, asi á spada y lança como de los que se echaban vivos por su voluntad con sus hijos y hijas en las acequias por no verse en poder de los españoles; y fue tanto el hedor que huvo de los cuerpos muertos que pasaban de ciento y cinquenta mill que tenian escondidos y tapados porque los españoles no les sintiesen la falta de gente que aunque despues de ganada la ciudad los echaban fuera de ella no los podian agotar ni valerse del mal olor por mucho tiempo." [2]

Las pérdidas de los indígenas aliados de Cortés deben haber sido tanto ó más considerables que las sufridas por los mexicanos, no obstante que sistemáticamente las callan todos los cronistas españoles.

§ 34. Conducta de los españoles después del sitio.

Al ser destruído el último rincón de la ciudad, y echados al agua los mexicanos que en él estaban, "apenas salieron á tierra algunos soldados (españoles), comenzaron á robarlos y á captivarlos; solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto les buscaban las vestiduras á los hombres, y á las mugeres [y aun hasta hacerles abrir la boca] para ver si llevaban oro en ellas, y escogian mozos y mozas los que mejor les parecian, y los tomaban para esclavos, y algunos mozos y mozas se disfrazaban poniéndose lodo en las caras, y cubriéndose con mantas rotas porque no les tomasen por esclavos." [3]

"Dióse Méjico á saco, y (los) españoles tomaron el oro, plata, pluma, y los indios la otra ropa y despojo. Cortés..... Herró muchos hombres y mujeres por esclavos con el hierro del Rey." [4]

Escribe Díaz del Castillo: "así el suelo y la laguna y barbacoas, todo estaba lleno de cuerpos muertos, y hedia tanto, que no habia hom-

1 197.[1]
2 M. S.
3 Sahagún, Relación, 231.
4 Gomara, 392.[2]

bre que sufrirlo pudiese; y á esta causa, así como se prendió Guatemuz, cada uno de los capitanes se fueron á sus reales..... y aun Cortés estuvo malo del hedor que se le entró por las narices en aquellos dias que estuvo allí en el Tatelulco." [1]

Á la matanza y al saqueo sucedió la bacanal; "Cortés mandó hacer un banquete en Cuyoacoan, en señal de alegrías de la haber ganado, y para ello tenian ya mucho vino de un navío que habia venido al puerto de la Villa-Rica, y tenian puercos que le trujeron de Cuba; y para hacer la fiesta mandó convidar á todos los capitanes y soldados que le pareció que era bien tener cuenta con ellos en todos tres reales; y cuando fuimos al banquete no habia mesas puestas, ni aun asientos para la tercia parte de los capitanes y soldados que fuimos, y hubo mucho desconcierto, y *valiera mas que no se hiciera*, por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron, y tambien porque esta planta de Noé hizo á algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que, despues de haber comido, anduvieron sobre las mesas, que no acertaban á salir al patio; otros decian que habian de comprar caballos con sillas de oro, y ballesteros hubo que decian que todas las saetas que tuviesen en su aljaba que habian de ser de oro, de las partes que les habian de dar; y otros iban por las gradas abajo rodando. Pues ya que habian alzado las mesas, salieron á danzar las *damas* que habia, con los galanes cargados con sus armas, que era para reir, y fueron las damas pocas, que no habia otras en todos los reales ni en la Nueva-España." [2] Dice uno de nuestros más apreciables y entendidos historiadores: "Fué aquello una orgía en que el desorden no conoció límites y en que tomaron parte las pocas mujeres castellanas que había entonces, tocando el papel de víctimas á las pobres indias á quienes brutalmente burlaban los conquistadores." [3]

Llegó á tanto el desenfreno de los aventureros castellanos, que á fin de que no continuaran robando en la comarca, ni raptasen más doncellas indígenas, ni trabaran nuevas riñas entre sí, ordenó Cortés una solemne procesión, "en que íbamos con nuestras banderas levantadas y algunas cruces á trechos, y cantando las letanías, y á la postre una imágen de nuestra Señora; y otro dia predicó fray Bartolomé, é comulgaron muchos en la misa después de Cortés y Albarado, é dimos gracias á Dios por la vitoria:" [4] así se descargaban en un instante aquellos fas-

1 196.[2]
2 Idem, 197[1 y 2].
3 González Obregón, 13.
4 Díaz del Castillo, 197[2].